

grandeza de la Inglaterra, quiero decir á mis conciudadanos, que dentro de ciento ochenta y cinco años podrán ser tanto y más que lo que es la Inglaterra en nuestros días, puesto que hoy tenemos á nuestro servicio instrumentos de progreso con que ella no contó antes para su engrandecimiento.

Uno de esos instrumentos es el ferrocarril que el capital inglés pone hoy á nuestro servicio.

Comparemos lo que éramos ahora pocos años y lo que somos hoy, y la fe de los grandes destinos que nos esperan se anidará en todos los corazones.

Ahora un año éramos provincias aisladas y en guerra unas con otras. Hoy somos una nación libre y unida.

La inmigración se ha duplicado.

La renta en un año ha aumentado de un veinte y cinco por ciento.

Estos son progresos que prometen otros mayores.

Pido solamente, al terminar mi tarea, dejar al país con doce millones de rentas, con treinta mil inmigrantes, con quinientas millas de ferrocarril, gozando de paz y prosperidad, y quedaré satisfecho, como ahora lo estoy al brindar por el fecundo consorcio del capital inglés y del progreso argentino. (Aplausos prolongados.)

XXV

PROCLAMA Á LA GUARDIA NACIONAL DE BUENOS AIRES AL MARCHAR Á LA CAMPAÑA DE PAVÓN

Julio 1.º de 1861.

¡Guardia Nacional de Buenos Aires!

Saludo en vuestras banderas el símbolo sagrado de las glorias argentinas, que vuestros antecesores, los antiguos patricios, pasearon en triunfo por la América del Sur. Saludo en vosotros á los constantes sostenedores de las libertades de Buenos Aires por el espacio de nueve años, así en la prosperidad como en el infortunio.

Bajo el amparo de vuestras bayonetas cívicas ha crecido una generación inteligente y varonil, que ha venido á engrosar los batallones populares. Veo aquí, con el fusil al hombro, y prontos á combatir por la gloria y el derecho del pueblo de Buenos Aires, á los niños que á la caída de la tiranía, apenas podían balbucear el nombre de la patria. Aquí veo, resueltos como siempre, á los fundadores de la Guardia Nacional que organicé en la memorable revolución del 11 de septiembre. Aquí están los que me acompañaron en los combates del primer sitio, y dieron á la libertad su contingente de sangre, salvándola con su coraje en la situación más angustiosa por que haya pasado el país. Aquí están también mis bravos compañeros en la jornada de Cepeda, los que uno contra siete salvaron el honor de nuestras armas, y que después de concurrir á un combate naval en las aguas del Paraná, vinieron cubiertos aún con el polvo del campo de batalla, á salvar nuevamente á Buenos Aires en unión de sus hermanos al pie de sus inexpugnables trincheras.

Conciudadanos: Sólo faltan en vuestras filas los pocos cobardes que al amago del peligro han abandonado indignamente sus puestos de ciudadanos, deshonorando el renombre de las madres argentinas que han alimentado con sus pechos el heroísmo de seis generaciones. Para vergüenza eterna de ellos, inscribid sus nombres en las culatas de vuestros fusiles, que el día en que pretendan volver á la patria á gozar del fruto de vuestros nobles trabajos, hasta las mujeres y los niños por ellos abandonados, les han de cerrar con desprecio las puertas del hogar que no tuvieron corazón para defender.

Guardias nacionales: Os ha hablado el compañero y el amigo: ahora escuchad la palabra de vuestro magistrado y vuestro general.

Compatriotas: Marcho á ponerme al frente del ejército en campaña, donde cuatro mil veteranos y seis mil guardias nacionales de la campaña se reunirán bajo nuestras banderas, prontos á sostener la dignidad y el derecho del pueblo de Buenos Aires. Cuento también con vosotros y con que, en cualquier punto en que me halle y cualesquiera que sean las circunstancias, acudiréis en masa á mi llamado, en obediencia de la ley, prontos á cumplir vuestros deberes, como en otras ocasiones. Si así lo hacéis, Buenos Aires será invencible, y podréis contar por vuestra parte ó con el triunfo, si se pretendiese imponernos por la violencia, ó con una paz sólida y fecunda, que salve vuestra dignidad y vuestro derecho.

En consecuencia, proclamo en alta voz este decreto, en presencia del pueblo, que os contempla: La Guardia Nacional de Buenos Aires, queda pronta á la primer orden para marchar á campaña. Si hay alguno que sienta flaquear su corazón, que siga el camino de esos cobardes que han abandonado sus puestos al solo amago del peligro.

Guardias nacionales: Ahora repetid conmigo el grito que nos ha conducido á la victoria, y nos ha confortado en el peligro: ¡Viva Buenos Aires y vivan sus instituciones!

XXVI

PROCLAMA DEL GOBERNADOR
DE BUENOS AIRES Y GENERAL EN JEFE DE SUS EJÉRCITOS
Á LOS GUARDIAS NACIONALES QUE REGRESARON
DE LA CAMPAÑA DE PAVÓN

Enero 18 de 1862.

¡Guardias nacionales de la ciudad y campaña!—Bendigamos á la Divina Providencia que ha salvado á Buenos Aires, que ha hecho triunfar la causa de los pueblos, que ha libertado la República Argentina, y que después de tantas fatigas y peligros, os restituye á vuestros hogares, coronados con el laurel de la victoria.

¡Soldados del pueblo!—Siento que no se hallen aquí presentes en este momento todos nuestros compañeros de armas, así del ejército de línea como de la milicia nacional, los vencedores de Pavón y de la cañada de Gómez, los que han llevado la bandera victoriosa de Buenos Aires hasta los confines del Chaco y hasta el pie de la Cordillera de los Andes; y, sobre todo, deploro en este momento más que nunca, la ausencia eterna de nuestras filas de los que cayeron gloriosamente en el campo de batalla combatiendo por nuestras santas leyes y por la libertad de la República Argentina; pero vosotros que los representáis dignamente, recibid en nombre de todos ellos la declaración que os hago en presencia del pueblo que os admira, y que en este momento brota de todos los corazones argentinos:—Soldados: Habéis merecido bien de la patria.

¡Compañeros de armas!—Ahora entrad á recibir la ovación que el amor y la gratitud de vuestros conciudadanos os ha preparado, y decidle al pueblo de Buenos Aires, que

le devuelvo por segunda vez casi intactas y siempre vencedoras las legiones que me confi6 en la hora del peligro. ¡Qu6 el gran pueblo de Buenos Aires se sienta m6s grande a6n al recibiros en su seno; que cada madre al abrazar con entusiasmo al hijo ausente por tanto tiempo, sienta latir sobre su coraz6n el coraz6n de un h6roe; y que esos latidos generosos, repercutiendo por todos los 6mbitos de la Rep6blica Argentina, anuncien que ha llegado por fin para los pueblos la hora de redenci6n, y para los tiranos su 6ltima hora!

¡Soldados! ¡Viva Buenos Aires, el pueblo libertador, y viva la Rep6blica Argentina, libre de tiranos!

XXVII
INAUGURACI6N DEL FERROCARRIL
DE SAN FERNANDO

Febrero 22 de 1862.

Se6ores: Empezar6 como ha empezado el representante de la compa6a del ferrocarril 6 San Fernando, recordando lo que pasaba ayer y lo que pasa hoy, con motivo de la solemnidad pacífica y civilizadora que nos reune en este momento.

Ayer el pueblo de Buenos Aires hacía rodar al campo de batalla el ca6n de la guerra para sostener su dignidad y sus derechos, 6 la par de la libertad y los derechos de las provincias hermanas; y hoy me ha tocado como su primer magistrado hacer rodar la carretilla del trabajador que conducía la primera palada de tierra del ferrocarril cuyos trabajos hemos inaugurado, para recordarnos que el gobernante de un pueblo libre no es sino su primer jornalero, su primer servidor, y que la carretilla del jornalero es en los países civilizados el carro de triunfo del trabajo y del adelanto moral y material. (Aplausos.)

Ayer el pico y la pala del trabajador abría los anchos fosos que debían cercar 6 la ciudad para fortificar el 6ltimo baluarte de la civilizaci6n en el Río de la Plata, en caso de que nuestras armas no fuesen coronadas por la victoria; y hoy el pico y la pala del jornalero remueve la tierra que ha de formar los terraplenes donde se puedan asentar los rieles del ferrocarril de San Fernando, que irradiaba en torno nuestro como las luces de una estrella, la libertad, la riqueza y el adelanto que brota de este gran

centro de civilización, que ostenta sobre su cabeza la doble corona de la libertad y del progreso, y la llama divina de la inmortalidad que alumbró su camino.

Ayer el pueblo de Buenos Aires poseído de un generoso entusiasmo, y decidido al triunfo ó al sacrificio, convertía en espadas las rejas de los arados; y hoy los guerreros, coronados con el laurel de la victoria, y con la oliva de la paz que han conquistado para los pueblos, convierten sus espadas en rieles de ferrocarril, como verdaderos campeones de la causa de la civilización y del progreso. (Grandes aplausos.)

Estas son las nobles armas con que la civilización combate y triunfa en pro del progreso moral y material de los pueblos, redimiéndolos del cautiverio, de la ignorancia y de la miseria, que son los peores tiranos de la especie humana.

El hombre solo y desnudo arrojado por Dios en medio de la creación, sin más recursos que su inteligencia y su voluntad, ha tenido y tiene que sostener hora por hora, día por día, un combate terrible y gigantesco contra el más poderoso enemigo de su engrandecimiento y de su bienestar. Adondequiera que vuelva su vista, mueva la planta, ó extienda su brazo, allí se encuentra frente á frente con él, dispuesto á disputarle el terreno, y hacerle pagar con largas tareas y gruesas gotas de sudor los pasos que da en la ancha senda de la civilización y del progreso.

Ese enemigo es la materia inerte y la Naturaleza bruta, sobre la cual el hombre tiene que triunfar para mostrarse tal como es, dueño de la creación y vencedor de los obstáculos materiales que se oponen á la libre expansión de sus facultades morales y materiales.

El ha tenido que abrir las entrañas de la tierra para arrancar á su seno los metales de que ha forjado las armas con que debía combatir á la Naturaleza. Ha roto el suelo con la reja del arado, para hacerle producir los sabrosos frutos que hacen sus delicias y aseguran su existencia sobre la tierra. Ha domado las tempestades de los mares, para que las naciones puedan comunicarse y cambiar

con ventajas recíprocas los variados productos que alimentan el comercio del mundo. Ha precipitado las aguas por diversos caminos para fecundar la riqueza, ha taladrado y derribado las montañas que obstruían el paso de las valerosas legiones del progreso humano, y ha vencido por fin el tiempo y el espacio, rémoras del progreso, por medio del vapor y del ferrocarril.

De todas las armas que la humanidad ha forjado para sostener ese combate gigantesco, ninguna más eficaz ni más bien templada que el ferrocarril; el ferrocarril, señores, que es el conquistador del mundo, el glorioso vencedor del tiempo y del espacio, que suprimiendo en cierto modo las distancias, armonizando los intereses encontrados del productor y del consumidor, atando á los pueblos con vínculos indisolubles de fraternidad, consultando recíprocas ventajas, es la glorificación más alta del poder y de la inteligencia humana en su lucha eterna contra la materia bruta. (Aplausos.)

Ese es, señores, el constante enemigo del hombre, el verdadero y único enemigo de su libertad de acción, de su civilización y de su riqueza, y por eso es ley del progreso, que sólo se inaugure un adelanto para el género humano, allí donde las fuerzas de la Naturaleza bruta queden vencidas, ó donde ellas se ponen al servicio de la inteligencia. Por eso los pueblos verdaderamente cultos, buscan para sus sienes la doble corona de la oliva pacífica que les asegura los bienes conquistados á costa de tantos afanes, y de la palma del triunfo pura de sangre, que simboliza la incruenta y fecunda victoria del incansable jornalero del progreso humano. (Aplausos.)

Hay también luchas santas y justas entre los hombres, aunque los brazos que se desarmen en ellas y los muertos que caen en el combate, sean otras tantas fuerzas perdidas para combatir contra el enemigo común. Cuando los hombres obstruyen á un pueblo el camino de la libertad y del progreso, es justo y necesario empuñar las armas del combate para remover esos obstáculos, para volver á comenzar

al día siguiente con más vigor y bajo condiciones mejores la lucha interminable del hombre contra la Naturaleza.

Por eso el pueblo de Buenos Aires, después de haber empuñado las armas en nombre de su derecho, y en el interés de la civilización y la libertad, cuya causa representaba, puede al día siguiente de una espléndida victoria, después de haber removido los obstáculos que se oponían á la majestuosa expansión de la libertad y del progreso, inaugurar los trabajos de un nuevo ferrocarril, el segundo que se inaugura en nuestro país. (Aplausos.)

Por eso el capital inglés y la inteligencia norteamericana, á la par de las demás naciones cultas de la Europa, nuestras aliadas naturales en esta noble lucha, vienen á prestarnos un generoso apoyo para vencer á nuestro mayor enemigo que es la soledad, el desierto, la despoblación y la distancia. Sí, señores, porque todos los hombres y todos los pueblos de la tierra, comprenden que la herencia de la humanidad no es la herencia maldecida de Caín, sino la divina herencia del Evangelio, que manda que los unos se ayuden á los otros, en vez de destruirse entre sí.

Así, pues, el ferrocarril á San Fernando, proyectando en torno nuestro un vasto sistema de vías de comunicación, como el ferrocarril del Oeste ya, como el del Sur más adelante, acrecentará nuestra riqueza y nuestro bienestar, llevará á todas partes la civilización y la libertad y nos traerá en retorno nuevos productos que brotarán bajo su acción fecundante, poniendo al Tandil y al Arroyo del Medio dentro del radio luminoso de esta atmósfera civilizada y casi á igual distancia, en cuanto al tiempo, que Moreno ó las Conchas.

Brindemos, pues, señores, por el ferrocarril, que derrama á lo largo de su trayecto las semillas fecundas del progreso; por ese vencedor del tiempo y del espacio, que como se ha dicho, monta un caballo de fuego con nervios de acero, que no se fatiga jamás, y que, donde quiera que enarbole su estandarte de llamas y de humo, anuncia á los pueblos que visita, el triunfo de la civilización y del progreso. (Grandes aplausos.)

Y ya que al pueblo de Buenos Aires le ha tocado la gloria de iniciar y presidir para la República Argentina una época de reorganización, de libertad y de paz, que desenvuelva los ricos gérmenes que la mano de Dios ha depositado en su fecundo seno desgarrado por la mano de los tiranos ó esterilizados por la acción funesta de sus malos gobiernos, muestre más prácticamente á nuestras nobles hermanas, las provincias del interior, cómo es que un pueblo civilizado lucha, interviene y gobierna presidiendo á la labor común. Que no se detengan los ferrocarriles en las fronteras provinciales. Intervengamos de distinto modo en las provincias del interior, intervengamos con un ferrocarril desde el Rosario á Córdoba, con otros ferrocarriles que sigan el itinerario de las armas victoriosas de Buenos Aires en la lucha que ha terminado, y que les lleven un ejército de jornaleros armados de las armas del trabajo, para que puedan combatir y triunfar en pro de la civilización argentina, para que cuando oigan el silbido metálico de la locomotora, en vez de la corneta de degüello que llevó á San Juan un bárbaro sediento de sangre, y vean levantarse en medio de la hoy desierta Pampa el estandarte de humo y fuego del ferrocarril, en vez de la tea de los interventores armados que no ha mucho incendiaron sus casas y sus mieses, bendigan esa intervención civilizadora de Buenos Aires, y saluden en el ferrocarril el precursor de tiempos mejores, y la garantía más eficaz de la paz y del engrandecimiento del pueblo argentino á la sombra de la libertad. (Vivas y prolongados aplausos.)

XXVIII

DISCURSO DEL ENCARGADO DEL P. E. N.
EN LA INSTALACIÓN DEL CONGRESO ARGENTINO,
EL 25 DE MAYO DE 1862

Honorables senadores y diputados: En nombre de los pueblos que me han encomendado el noble encargo de presidir á vuestra convocatoria é instalación, en nombre del pueblo de Buenos Aires que tiene el honor de hospedaros en su seno, saludo en vosotros á los representantes de la soberanía argentina, reunidos en el amor de las grandes ideas que fundan las naciones, y no por el odio estéril que sólo preside á la destrucción.

Os agradezco, en nombre de la nación, á vosotros los que os habéis trasladado desde tan largas distancias, la prontitud y la puntualidad con que habéis acudido al llamamiento, á fin de efectuar la solemne instalación del Congreso en este día memorable para la Patria. El será doblemente memorable en lo futuro, porque marcará en los fastos de la lenta y penosa elaboración de la nacionalidad, la época de la reunión del primer Congreso, en que se verán reunidos por la primera vez, todos los miembros de la gran familia argentina, bajo el amparo de una sola ley, sin que falte una sola de las provincias que componen la nación.

Espero que pronto os hallaréis definitivamente integrados. Desde los últimos confines de la República acuden ya todos los elegidos del pueblo para ingresar en vuestro seno, y pronto también, salvándose los principios como corresponde, se sentarán á vuestro lado los que respetando vuestro supremo fallo esperan á vuestras puertas, detenidos por cuestiones que son muy poco en presencia del grande acontecimiento de este día. (Muy bien.)

Entonces, definitivamente representadas en su integridad las catorce provincias unidas que constituyen la República Argentina, podréis entrar de lleno y con más decisión á consagraros á las grandes tareas legislativas que los pueblos os han encomendado.

Estas tareas serán tan arduas como gloriosas y fecundas, porque tenéis que consolidar con mano firme el edificio conmovido de la nacionalidad argentina, después de medio siglo de luchas sangrientas, de ensayos malogrados y de dolorosos infortunios; porque tenéis que fundar el gobierno de la libertad en el orden, el gobierno de la confraternidad de los pueblos, y de la justicia para todos; en una palabra, el gobierno de la verdad, que es el gobierno de Dios en la tierra.

Espero que el Cielo bendecirá vuestras tareas, y que el espíritu de Dios, legislador supremo del universo, presidirá vuestras deliberaciones.

Ahora, señores, cábeme la satisfacción de presentaros el Mensaje en que os doy cuenta del estado político y administrativo del país, tanto en su orden interno como en sus relaciones con las naciones amigas; del uso que he hecho de las facultades con que espontáneamente me han honrado los pueblos, así como de los diferentes ramos de la administración nacional y de la inversión de las rentas públicas en el tiempo transcurrido de mi mando provisional, que como encargado del Poder Ejecutivo Nacional, han estado á mi cargo.

Después de cumplir con este honroso deber, debo, poseído de la esperanza y de la fe que alienta hoy á todos los corazones, lleno del entusiasmo sublime que debe agitar á todos los argentinos en cualquier parte del mundo á donde alcancen las luces de este día, y penetrado del espíritu varonil de que nos hallamos inoculados después de haber sobrevivido á tantas y tan duras pruebas, proclamar á la faz de Dios y de los pueblos, que queda instalado, y están abiertas las sesiones del Congreso Legislativo de la Nación Argentina. (Aplausos.)

HH. compatriotas del Senaño y de la Cámara de Di-

putados: Me permito invitaros para que en este día, que como he dicho, será doblemente memorable para la patria, tengáis á bien acompañarme al templo para dar las gracias al Ser Supremo, por haber alcanzado este día de paz y de ventura, en que se han inaugurado las tareas legislativas del Congreso de la República Argentina.

XXIX

LA ESTATUA DE SAN MARTIN

(AL DESCORRER EL VELO)

Julio 14 de 1862.

Señores:—Va á descorrerse el velo, detrás del cual se oculta la noble imagen del general don José de San Martín, en la actitud heroica en que lo ha inmortalizado el arte, representando el momento en que al escalar las más elevadas montañas del orbe, montado en su caballo de guerra, enseñó á sus legiones el camino del heroísmo, y contempló desde lo alto de ellas, con la mirada profética del genio, las pampas, los mares, los valles y las montañas de la América del Sur, teatro de sus pasadas y futuras glorias.

Esa imagen va á ser presentada al fin á la admiración y á la gratitud de aquella posteridad, á cuyo fallo apeló confiadamente en el momento más solemne de su vida, cuando se despidió para siempre de las playas americanas.

El general San Martín dijo al descender espontáneamente del alto puesto á que se había encumbrado: «En cuanto á mi conducta pública, mis conciudadanos, como lo general de las cosas, dividirán sus opiniones: á su posteridad corresponde el verdadero fallo.»

Ese fallo ha sido pronunciado ya por la voz de dos generaciones.

Tres repúblicas lo han aclamado como el padre y fundador de su independencia y de su libertad.

La geografía política ha señalado ocho repúblicas independientes dentro del círculo trazado por su espada victoriosa.

El mundo entero lo ha reconocido como el primer genio militar del Nuevo Mundo.

La América toda lo ha declarado á la par de Bolívar, el libertador de medio mundo, con quien comparte la gloria de haber sido el apóstol armado de la revolución americana, que hizo flamear sus banderas victoriosas desde el Atlántico hasta el Pacífico, y desde Valdivia hasta la línea del Ecuador, marcada por sus volcanes encendidos.

La historia ha consignado en sus páginas eternas sus inmortales triunfos de San Lorenzo, Chacabuco y Maipo, su atrevido paso de los Andes, su memorable expedición al Perú.

La justicia póstuma de los pueblos ha comprendido al fin en el gran capitán y el hábil político, al hombre superior á las ambiciones vulgares, que supo dirigir la fuerza con inteligencia y con vigor, y usó del poder con moderación y con firmeza, para hacer servir todo al triunfo de la grande y noble causa á que había consagrado su espada, su corazón y su cabeza.

Por fin, señores, la moral humana ha recogido de su vida el bello ejemplo de un hombre, que levantado por sus trabajos y por su genio al apogeo del poder y de la gloria, desciende voluntariamente de él, sin debilidad y sin enojo, comprendiendo que había llenado su misión, y no queriendo ser un obstáculo al triunfo definitivo á que había consagrado su vida. Este ejemplo, único en la América del Sur, y que sólo puede ser comparado con el de Wáshington, levanta y dignifica su figura moral como hombre público.

Tales son sus títulos á la admiración y á la gratitud de la posteridad, y tales son los motivos que reúnen á un pueblo en torno de su estatua de bronce, cerrando con ese acto el período de la ingratitud, y abriendo el de la reparación que le debíamos.

La obra de la reparación ha sido lenta y tardía, pero segura.

Por veinte años su nombre y su gloria ha sido botado

ó á la ingratitud ó al olvido; ¡reprochándole como un crimen el que no pidiese limosna como Belisario!

Cuando abandonó el Perú, trayendo consigo el estandarte que Pizarro había llevado para esclavizar el imperio de los Incas, la calumnia y el insulto cobarde le persiguieron por la espalda, y aunque no faltaron para honor del Perú voces valientes y generosas que se levantarán en su honor y en su defensa, cuando él no ejercía ya influencia alguna en aquella república, el insulto y la calumnia empañó por el momento la corona del libertador.

Al recorrer solitario el camino que poco antes había cruzado seguido de legiones valerosas, de que su genio era el alma, apenas pudo merecer de Chile una hospitalidad precaria y pasajera, amargada por el denuedo; y desde entonces Chile borró de su historia por el espacio de veinte años el nombre del fundador de su independencia. ¡En las grandes festividades nacionales que la rememoraban; en los aniversarios de las batallas de Chacabuco y Maipo que la aseguraron; en las mismas banderas que flotaban al viento de la libertad conquistada por el genio y la espada de San Martín, acaudillando las legiones argentinas y chilenas, el nombre de San Martín brillaba tan sólo por su ausencia!

¡Al regresar á la patria, al volver al punto de partida, de donde había salido ocho años antes al frente de sus valerosos granaderos á caballo, el general San Martín, el capitán ilustre de tres repúblicas, no tenía dónde pasar revista en el ejército argentino; y el gran ciudadano de medio mundo se encontró despojado de los derechos de ciudadanía en su propia patria, porque la humilde aldea á donde había abierto sus ojos á la luz del día, era un montón de ruinas!

Y ya que he hablado de la ingratitud pública y estamos aquí haciendo un acto de reparación, lo diré todo, porque todo debe decirse cuando los pueblos levantan monumentos póstumos á la memoria de sus grandes hombres.

Condenándose voluntariamente el general San Martín al ostracismo, con una fuerza de alma y una serenidad

de espíritu de que hay pocos ejemplos en la historia, sintió á los cinco años de ausencia la necesidad de volver á respirar el aire de la tierra natal. Llegó al puerto de Buenos Aires el día 12 de febrero, aniversario de sus gloriosos triunfos de San Lorenzo y Chacabuco, y en las puertas de su patria encontró este letrero, escrito por manos argentinas: «Ambigüedades. El general San Martín ha vuelto á su país á los cinco años de ausencia, pero después de haber sabido que se habían hecho las paces con el emperador del Brasil.» El primer capitán americano era así apostrofado de cobarde por sus mismos compatriotas, precisamente en el momento en que se celebraban dos grandes días de gloria militar que había dado á su patria. El general San Martín, al recibir este saludo, volvió á su destierro con dignidad y en silencio, sin pisar la tierra que venía buscando, y se fué para no volver más, para morir lejos de nosotros, esperando tranquilamente el fallo justiciero de aquella posteridad á que había apelado en otro tiempo.

Se ha dicho muy bien, que la respuesta de San Martín en aquella ocasión, había sido dada dos mil años antes por la boca de Scipión, insultado por sus compatriotas en el aniversario de una de sus grandes batallas: «En un día como éste salvé á Roma. Vamos al templo á dar gracias á los dioses tutelares del Capitolio, para que siempre tengan generales que se me parezcan.» Pero San Martín ni dió esta respuesta, ni mandó grabar como aquel grande hombre sobre su sepulcro: «Ingrata patria, no tendrás mis huesos». La respuesta nos la ha dado modesta y generosamente desde la tumba. El dejó escrito en su testamento: «Quiero que desde el lugar en que muera se me conduzca al cementerio; pero deseo que mi corazón descansa en el de Buenos Aires.»

Al fin, señores, después de aquella larga y tenebrosa noche de ingratiud y de olvido, la gloria de San Martín se ha levantado como una estrella del cielo americano.

La República del Perú, la primera que le decretó en

vida una estatua, ha glorificado dignamente su memoria y ha atendido generosamente á sus descendientes.

Chile, que durante parte de su destierro, lo consideró como el generalísimo de sus ejércitos, abonándole el sueldo que su patria no se creía en el deber de darle, ha sido la primera que ha realizado el pensamiento de erigirle una estatua, que inmortalice su memoria para los presentes y para los venideros.

Y Buenos Aires por último, presidida por su Municipalidad, asociada al pueblo y al gobierno en representación de su patria agradecida, ha erigido también una estatua ecuestre, cincelada en el bronce, para perpetuar dignamente el recuerdo de sus altos hechos, y presentarlo á la admiración de los presentes y de los venideros, montando un caballo del metal de sus cañones, que no se fatigará jamás de llevarlo sobre sus hombros, como no se fatigará jamás el genio de la gloria de levantar en alto su corona cívica y militar de luces y de laureles.

¡El breve espacio que llena ese soberbio pedestal de mármol, será el único pedazo de tierra que San Martín ocupará en esta tierra libertada por su esfuerzos, mientras llega el momento en que sus huesos ocupen otro pedazo de tierra en ella!

Pero su nombre, pero el recuerdo de su genio, pero sus altos hechos, y los resultados de sus generosos esfuerzos ocuparán eternamente el corazón y la memoria de sus compatriotas.

Debémosle este homenaje de gratitud póstuma, nosotros, sus compatriotas, los herederos legítimos de su nombre y de su gloria, á quienes legó su corazón al morir, porque si San Martín es verdaderamente grande, considerado como hombre americano, para quien la revolución del nuevo continente no tuvo fronteras, tiene además títulos especiales á nuestra admiración y nuestra gratitud considerándolo puramente del punto de vista de la historia y de la nacionalidad argentina.

El fué quien templó las armas de la revolución argen-

tina por medio de la severa disciplina, prometiendo su dirección á la consumada ciencia militar.

El fué el representante de la acción externa de la revolución argentina, concretada en un vasto plan de campaña que abrazaba toda la América del Sur en sus atrevidas combinaciones al través de mares y montañas.

El fué el propagador más infatigable de los principios de la revolución de Mayo en los países que libertó su espada, inoculando de ellos el espíritu varonil y democrático que presidió á nuestros primeros trabajos de organización política.

El fué quien en los momentos más angustiosos de nuestra revolución, cuando la América sucumbía bajo el peso de las armas españolas, y todo parecía perdido, impulsó al Congreso de Tucumán á declarar nuestra independencia en 1816, y su espada, á la par de la de Belgrano, fué la primera que se levantó para sostenerla, y la única que la selló con tres grandes victorias.

El fué el que reveló á la República Argentina el secreto de su poder y de su fuerza, dando vuelo á su genio militar en el exterior, en los momentos en que, devorada en el interior por la anarquía y por las malas pasiones, apenas parecía tener fuerza para sostenerse á sí misma; y gracias á esa fe robusta que le animó entonces, fuimos redentores de pueblos, gracias á ella las banderas argentinas pasearon en triunfo la América del Sur, y salvando con nuestros sacrificios á medio mundo, nos salvamos á nosotros mismos.

Por eso también le debemos un monumento más duradero aún, que la estatua que vamos á inaugurar en su honor, porque al fin los metales y las piedras son materiales frágiles para la mano del tiempo, que puede convertirlos en polvo, mientras que el recuerdo de las grandes naciones es imperecedero y no se borra jamás de la memoria de los hombres. Debémosle la organización y la consolidación definitiva de la República Argentina, á la que consagró su vida, su genio y sus afanes, para que su patria no se muestre inferior á las glorias que él le dió, y para que

sean cumplidos los votos de los padres de nuestra independencia.

Es sin duda un feliz augurio para la nacionalidad argentina, que la estatua del grande hombre que más cumplidamente la simboliza, se levante por los esfuerzos generosos del pueblo de Buenos Aires, en momentos en que el mismo pueblo se pone de pie y consolida la base de la patria común.

Si el bronce se animara, sin duda que el general San Martín se estremecería de gozo, cuando pudiese contemplar como en este momento en torno suyo á todos los miembros de la gran familia argéntina, reunidos en paz y libertad, y realizando después de medio siglo de trabajos y de infortunios la grande obra á que consagró su vida.

¡Mientras tanto, y mientras llegue el momento en que, organizada definitivamente la República Argentina, podamos colocar á su frente la estatua del general Belgrano que divide con San Martín las páginas de nuestra historia y el corazón de los argentinos, porque ellos son los dos grandes hombres de acción y pensamiento de nuestra revolución, saludemos en ese bronce que va á descubrirse, la noble y la inmortal efigie del fundador de tres repúblicas, del vencedor de San Lorenzo, de Chacabuco y Maipo, del primer capitán del Nuevo Mundo, del ilustre guerrero argentino, el general don José de San Martín!